

NOA XIREAU

OCHO
VIDAS,
EL
KARMA
Y TU
PERDÓN



BO-KISS

NOA XIREAU

OCHO
VIDAS,
EL
KARMA
Y TU
PERDÓN

BOOKISS

BOOKISS, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

BOOKISS

Primera edición, marzo 2024
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19147-47-0
Depósito Legal: CS 129-2024
© del texto, Noa Xireau
© de la cubierta, Borja Puig
Corrección, Carol RZ

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Este libro va dedicado a Henry «El vagabundo», quien un día se presentó sin invitación dispuesto a luchar por algo de comida, protección y cariño. Se convirtió en el rey de la casa, junto a Onix. Fue mi compañero durante los largos ratos de escritura y aprendió a disfrutar de los abrazos y las caricias que tanto temía al principio. Un día no regresó de sus escapadas y quiero pensar que es porque alguien lo necesitaba más que yo.

El mundo está lleno de pequeños vagabundos que están dispuestos a ofrecernos compañía, sonrisas y cariño a cambio de un rinconcito para dormir y algo de pienso. Si podéis, no lo dudéis ni un momento y dejadlos pasar a vuestro hogar. Os ofrecerán mucho más de lo que podréis devolverles.

A mi vagabundo Henry. Te echo de menos.

Noa

PRÓLOGO

Creo que uno de los mayores errores que cometí en mi vida fue pedirle a Dios con toda la fuerza e intensidad de mi angustiada soledad que me diera a alguien para el que yo fuera el centro de su universo.

¿Cómo iba a imaginarme yo que Dios iba a oírme de verdad y que iba a concederme mi deseo retorciéndolo a su manera? Pues sí, lo que acabo de decir. Dios me oyó, pero como cualquier hombre lo interpretó a su puta bola. Cada vez que lo pienso, comprendo mejor eso de «los hizo a su imagen y semejanza». Y no, no estoy hablando de milagros. Si digo que fue más bien una maldición, probablemente iba a despertar las susceptibilidades de alguien, de modo que vamos a dejarlo en que:

1. Sí, a estas alturas sé que existe Dios y que a veces nos escucha.
2. ¡Piénsatelo dos veces antes de rezar embriagada!
3. Repito, por si aún no lo he dejado lo bastante claro: ¡ten cuidado con lo que pides!
4. No, no trajo a mi vida a ningún hombre, y mira que, con mi nuevo vecino, que está para chuparse los dedos, me habría conformado.
5. Cuando os cuente lo que me dio, vais a pensar que estoy como una puta cabra (y quizás sea cierto).

¿Preparadas?

Lo dudo mucho, pero allá vamos: ¡un gato! Exacto: ¡Dios me envió un puto gato!

¿Aún no estáis alucinando? Esperad, que no he acabado y aún falta lo mejor:

¡el gato habla!

No. Tachad eso. No es ni mucho menos lo mejor peor. No, señor. No solo se atreve a meterse en mi mente a hablarme, sino que encima afirma que es la reencarnación de un personaje histórico con el que (ojo al ~~gato~~ dato) estuve casada.

Y, por supuesto, mi exmarido transformado en gato tuvo que aparecer en mi vida justo cuando el hombre de mis sueños más prohibidos y secretos se mudó a vivir al apartamento de al lado.

¿Es o no es para volverse loca?

CAPÍTULO I

PRAIA DA GALÉ (PORTUGAL)

Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Inspirar... esperar... espirar...

—Tita, o nos vamos ya, o mi coche se convierte en calabaza antes de que lleguemos a Sevilla. —Intenté sonreír a través del espejo retrovisor para compensar la brusquedad en mi tono. Tres días con mis tías y su nuevo club de jubiladas viajeras, y ya estaba de viejas locas hasta el moño.

Un fin de semana zen con spa y relajación habían dicho... ¡Ja!

—Sí, sí, hija, un momentito —repitió mi tía Lola por enésima vez, mientras se sacaba otro selfi con aquellas hermanas de aventuras postmenopáusicas a las que no volvería a ver en su vida, o al menos no hasta que se reencontraran en el más allá (donde fuera que estuviera eso).

Un vistazo al móvil me señaló que eran casi las siete de la tarde. Me quedaban exactamente doce minutos para salir de aquel aparcamiento y evitar encontrarme con el camareero con el que mis tías y compañía habían tratado de liarme anoche. Solo de recordar aquel espeso bigote estilo Freddie Mercury, que parecía tener vida propia, ya me estremecí. ¿Y qué decir de aquel intenso hedor a colonia barata más

cargada de especias que el estante de la cocina de mi abuela? Solo de recordarlo volvió a picarme la nariz y mis papilas gustativas se empaparon con aquel imaginario sabor a pimienta y orégano. ¡Puaj!

No sé qué fue peor, si el tipo creyendo que de verdad me gustaba y que iba a lanzarme sobre él como la protagonista de una telenovela, o las insinuaciones a todo volumen de las dichas viejas para animarnos a refugiarnos juntos en la oscura despensa del bar para... ¡Dios! Solo de pensarlo...

Sacudí la cabeza para espantar la memoria.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Inspirar... esperar... espirar... ¡Maldición!

—Tita...

—Un segundito, cariño. —Mi tía Inés me despachó con un gesto de la mano, con el que bien que podría haber espantado una mosca, mientras ella y sus nuevas amigas mantenían las cabezas pegadas sobre un móvil—. Que le estoy grabando a Paca mi contacto para que podamos crear el grupo de WhatsApp. Así, además de compartirnos las fotos, podemos organizar nuestra próxima revolución, digo reunión.

Gemí. Genial, ya estaba otra vez con una de sus conspiraciones y misiones de la tercera edad.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Inspirar... esperar... espirar...

Revisando mi propio móvil, abrí el mensaje de Nai.

Mi cómplice de travesuras:

Que conste que solo he hecho lo que me dijiste que hiciera: ir a tu casa a regar las plantas.

Toqué la imagen adjunta para que se abriera y casi se me cae la mandíbula al suelo. ¡Hija de su puñeterísima madre! O mejor dicho, hijo, porque Nai pasó a un segundo plano y lo único que pude ver fue a mi vecino. Ahí estaba, ocupando mi pantalla con los cabellos húmedos revueltos, tableta de chocolate a la vista y una escueta toalla azul alrededor de sus caderas. ¡Madre del amor hermoso! Parecía el anuncio publicitario de una nueva maquinilla de afeitar.

¡Lo que me había perdido por venir a Portugal con mis tías! Si hubiera podido, me habría teletransportado de inmediato a mi apartamento a comprobar si hoy era uno de esos días en que salía a la terraza a leer. ¿Por qué no me habría quedado en casa aprovechando el tiempo en tratar de tropezarme con él y presentarme? Quizás una caída «accidental» en su regazo... ¡Ufff! No era momento de soñar despierta, pero, ainsss, lo que daría por acabar encaramada sobre él.

Parpadeé cuando mis tías se montaron en mi pequeño Seat Ibiza, y un vistazo a la hora me reveló que eran las siete y seis. ¿A dónde había ido a parar el último cuarto de hora? Tampoco había aparecido aún el camarero del bigote, o si había pasado, no lo había visto (gracias a Dios por los pequeños favores).

Tecleé rápidamente una respuesta para Nai:

Recuerda que tú ya estás casada.

Mi cómplice de travesuras:

A nadie le amarga un dulce y menos, un moka de caramelo con doble de nata y rociado de chocolate.

No sé muy bien de dónde sacó esa descripción, a menos que estuviera viendo de nuevo la primera temporada de *Los Bridgerton*, porque mi vecino era de piel clara, ojos verdes y profundos y... vale, el pelo sí que podía tener un color caramelo tirando a dorado.

De todos modos, se me hizo la boca agua con la fantasía de mi vecino bañándose en una enorme taza de moka, esperándome con una sonrisa incitadora entre nubes de nata con chocolate espolvoreado. ¡Yum! Solo de pensar en el sabor de ese cuerpazo cubierto de nata...

—Caty, ¿te encuentras bien? —Mi tía Lola me puso una mano en el hombro y me estudió preocupada—. Tienes cara de haberte dado un golpe en la cabeza con una de esas novelas eróticas que tanto te gusta leer.

Encogí la nariz en una mueca y fingí una sonrisa. ¡Si ella supiera!

—No, no, todo bien, solo estaba respondiéndole a Nai. —Le mostré el móvil antes de recordar que tenía a mi vecino medio en pelotas en la pantalla.

Los ojos de mi tía se abrieron antes de que rompiera a reír por lo bajo.

—Vale, ahora lo entiendo todo.

—Sí, eh... —Mis mejillas se llenaron de un calor de esos que te entran cuando te tragas sin darte cuenta la guindilla camuflada entre las gambas al ajillo—. Es mi nuevo vecino.

—Mmm... —Mi tía le echó una nueva ojeada—. Lo que daría por volver a tener tu edad.

¡Y yo, por largarme de una vez! Prefiriendo olvidarme de mi bochorno, recuperé mi móvil.

¡¿Yo?! Resoplé alucinada. Con una ristra de tacos formando cola por escapar por mi garganta, me mordí la lengua, encendí el navegador y arranqué. Dicen que a caballo regalado no hay que mirarle el diente, y si lo dicen, por algo será.

Y así fue como salí del aparcamiento del hotel con una cola de tres coches tras de mí. Bien que podríamos haber sido un trenecito turístico, por la forma en la que la docena de jubiladas saludaban con efusividad a cualquiera que pasara por los alrededores, gritando barbaridades que la mayoría de los transeúntes hubiese preferido no escuchar (en especial sus destinatarios, que, básicamente, consistía en cualquier individuo masculino entre los dieciséis y los noventa y cinco años).

—*En la rotonda, coja la tercera salida.*

¿Por qué cuando la voz amable y robótica del navegador suelta esas instrucciones, lo que a primera vista parece sencillo acaba convirtiéndose en un rompecabezas? Quiero pensar que no soy la única que se pone a contar y mirar frenética a su alrededor cuando el TomTom le indica que coja una salida.

Quien fuera que diseñara los programas de aquellos trastos está claro que nunca tuvo que conducir con las voces chillonas de sus tías desde el asiento trasero, con una caravana de coches cargados de ancianas jugando a «corre, corre que te pillo», ni con los bocinazos de los vehículos que quieren que te espabiles mientras vas desentrañando cuáles son las salidas y cuáles las entradas y cuáles ambas. A todo esto... ¿El giro a la gasolinera también contaba?

¡Mierda! Me lo he saltado. Toca dar otra vuelta.

—*En la rotonda, coja la cuarta salida*—anunció el TomTom, con su voz robótica sonándose inusualmente crítica.

—Joder —mascullé, ansiosa—. ¿Es la tercera o la cuarta?

—Niña, no hace falta que sueltes palabrotas. —Mi tía Inés dio unos golpecitos en el respaldo de mi asiento.

—Lo siento, tita, pero es que no hay manera de entender a este TomTom.

—El *tonton* ha dicho que cojas esa de ahí —me indicó mi tía Inés, muy convencida, señalando una calle que parecía llevar a una urbanización.

—Mira, es la rotonda del borriquillo con las uvas —intervino también mi tía Lola—. ¿Te acuerdas de que vinimos por aquí?

—Sí, pero no recuerdo por dónde entramos —admití mientras iba camino de dar la segunda vuelta.

—Eso da igual. Lo importante es la señal. Tienes que tomar la salida después de esa.

—Tita, el TomTom dice que es la cuarta salida, no esa calle de allá —me lamenté, apretando el volante con fuerza.

Sentía el roce de mi ropa pegándose a mi piel húmeda y mi boca estaba reseca. Por el espejo retrovisor vi la fila de coches que me seguían en lo que parecía una versión mala de una conga callejera. No me pasó desapercibido que las señoras en los coches se habían callado y que ahora se conformaban con mirarme raro, en tanto que los turistas y locales apostados por los alrededores se paraban a presenciar el espectáculo. A ese paso, iba a acabar apareciendo en las noticias locales.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Inspirar... esperar... espirar...

—Es por ahí. —Mi tía Lola señaló el centro veterinario ubicado en una esquina, como si pudiera ver el camino a través de las paredes.

—Tita, por ahí es por donde acabamos de entr...

—No, no, me acuerdo de que pasamos por ese paso de peatones —insistió mi tía Inés, ajustándose las gafas con un dedo.

—No digas pamplinas, hermana, te digo que vinimos por esa calle que tiene esa tienda de donuts en forma de ovnis —replicó mi tía Lola, apuntando hacia un cartel que mostraba un donut con glaseado verde y ojos saltones.

¡Ufff! Ya comenzaba otra de sus eternas trifulcas. Debería haberme tomado un paracetamol antes empezar el viaje de regreso.

—*En la rotonda, coja la tercera salida.*

¡Ay, madre! ¿Qué hice para merecerme esto?

El remate se produjo cuando mi tía Inés asomó la cabeza por la ventanilla y le gritó un largo «¡Nooooo!» a los tres vehículos de viejas que parecían haberse hartado de dar vueltas en círculos y habían probado suerte por su propia cuenta. No era el grito de guerra que esperaba, pero, a deducir por las risas del exterior, ciertamente dejó una impresión.

—¡Que por ahí no es! —les gritó mi tía Lola desde la otra ventanilla, llamando la atención de los pocos viandantes que no se habían detenido aún a observarnos.

—Quizás sepan lo que se hacen —se me ocurrió murmurar, tentada a seguir a las viejas en vez de al ridículo «tonton» como lo llamaba mi tía. El nombre, desde luego, le iba al dedillo. Apostaba a que incluso estaba tan perdido como yo.

—No te preocupes, cariño. Tú sigue por esta, que verás como tengo razón. —Mi tía Inés señaló una calle que yo estaba convencida de no haber tomado jamás, pero por la que me metí con tal de no tener que seguir dándole vueltas a la

rotonda u oír los insultos de los otros conductores mientras los viandantes no paraban de burlarse de nosotras.

Respiré aliviada cuando por fin nos alejamos de allí y en la pantalla del navegador apareció un círculo que indicaba que estaba recalculando la ruta. ¡Ups! ¿Eso significaba que no habíamos acertado cuál era la tercera salida? La verdad es que no tenía ni idea de a dónde nos dirigíamos, pero me daba igual. Cualquier cosa era mejor que seguir dando vueltas en círculos como un perro persiguiendo su cola. Además, acababa de deshacerme del noventa por ciento de las viejas. Si dejaba a las dos que me quedaban por la acera, ¿alguien se daría cuenta?

Por desgracia, conocía a mis tías lo bastante como para prever que me convenía más aguantarlas hasta llegar a casa que deshacerme de ellas y tener que escucharlas hasta el día de mi jubilación. Resignada, continué adelante, confiando en que el TomTom o la providencia o tal vez un milagro nos guiaran a nuestro destino.

Imagino que debería haber previsto que el alivio iba a durarme poco. El sol comenzaba a esconderse, arrojando sombras alargadas que se retorcían a través de los árboles. El entorno se sentía cada vez más como una escena sacada de una película de terror de bajo presupuesto. Y, como si eso no fuera suficiente, tenía la discusión de mis tías en el asiento trasero como banda sonora.

Cuando, además, la carretera se fue estrechando, ya ni me hizo falta echarle un vistazo al navegador para comprobar que había perdido la señal. ¡Genial!

—¡Cuidado con esa curva! —chilló mi tía Lola tan alterada que casi me da un infarto.

—¡Por Dios, tita, cálmate un poco!

—¿Cómo quieres que me calme si conduces como una loca?

Tras una ojeada al velocímetro y comprobar que seguía conduciendo a cincuenta, solté un profundo suspiro. Podría haber contado de nuevo hacia atrás y haberme concentrado en mi respiración, pero el único efecto que conseguía a aquellas alturas era marearme.

Fruncí el ceño al fijarme en las casas que nos rodeaban. ¿Eran imaginaciones mías o estaban cada vez más alejadas las unas de las otras? ¡Mierda! Encima, su pinta empeoraba por momentos, con las paredes desteñidas y desconchadas, las verjas rotas y los jardines convertidos en vertederos de chatarra oxidada como si formasen parte de una película de apocalipsis zombi.

—Niña, ¿puedes ir más despacio? —preguntó mi tía Lola con una voz carente de su usual vigor y alegría.

—¿Qué te ocurre? —A través del espejo retrovisor reparé en su repentina palidez y las diminutas gotas de sudor sobre su frente.

—Creo que se está mareando —anunció su hermana, estudiándola preocupada mientras le daba palmaditas en la espalda.

—¿Puedes aguantar? —Hice un esfuerzo por controlar mi tono, aunque por dentro estuviera gimiendo. ¿Quién quería pasarse las próximas dos horas viajando en un coche que oliera como el interior de un táper olvidado? Solo de pensarlo ya se me encogía el estómago.

—Si me bajas la ventanilla y dejas de tomar las curvas jugando a ser James Bond, puede —musitó mi tía Lola.

—No estoy pasando de cuarenta —me defendí, aunque no fuese del todo cierto. Pero, vamos, no es que estuviera

participando tampoco en la carrera de Le Mans ni nada por el estilo.

—¿Y cómo se te ocurre ir tan rápido con lo cerradas que son estas curvas? —me acusó mi tía Inés.

—Las señales marcan un límite de sesenta —protesté, aunque un pinchazo de culpabilidad me llevó a alzar el pie del acelerador y a abrir la ventanilla, permitiendo que el aire fresco invadiera el coche—. Además, tenemos que dar la vuelta. Este no es el camino.

Las curvas parecían prolongarse hasta el infinito y, para hacerlo todo más pintoresco, las destartaladas edificaciones seguían haciendo su triste pasarela a ambos lados de la carretera. En cuanto al GPS, lo único que le faltaba era ponerse a roncar.

—Ya decía yo que no recordaba tantas curvas —masculló mi tía Inés.

¿En serio?

—Fuiste tú quien insistió en que tomáramos esta salida. —Le dirigí una mirada acusadora a través del espejo retrovisor. Un día de estos la iba a estrangular.

—No, hija, no, yo te dije la que venía justo a continuación. Mis dedos se apretaron alrededor del volante.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Inspirar... esperar... espirar...

—¿Y por qué no me avisaste de que me había equivocado? —pregunté entre dientes. Estaba segura de que había elegido justo la salida que ella me indicó.

—¿Con lo irritada que estabas? —resopló mi tía Inés como si estuviera tratando de razonar con un simio—. Ah, no, hija, no. Yo no iba a ser la que le añadiera más leña al fuego. Además, un poco de aventura nunca viene mal.

¿Irritada? Eso era poco para las ganas que tenía de chillar y retorcerle el cuello a alguien.

—En cuanto haya un sitio, giro y regresamos —mascullé con la vista al frente.

—Si pasas por una salida o un arcén más ancho, aparca —susurró mi tía Lola.

Me bastó comprobar su tez amarillenta a través del espejo para que se me pasara el enfado.

—Está bien, ahora paro —traté de tranquilizarla.

El primer camino no estuvo lejos, solo dos curvas más allá, pero un único vistazo a la destartalada y tenebrosa casa a la que llevaba ya fue suficiente para pasar de largo y probar con el siguiente.

Tan impactada me había quedado con el aspecto terrorífico del edificio que casi atropellé a la anciana vestida de negro que me hacía extrañas señales desde el arcén. Lo mismo podía estar tratando de invocar una maldición que invitándome a tomar el té, pero, solo por si acaso, pisé el acelerador para perderla de vista cuanto antes.

¡La madre que me parió! ¿De verdad existían personajes como esos fuera de las películas de miedo? Prefería enfrentarme a la bruja que salía con la escoba a dar sustos en la casa del terror a tener que encontrarme de nuevo con esa mujer.

CAPÍTULO 2

—¡Caty, para!

—Tita, no puedo detenerme aquí, estamos en medio de la nada.

—¡Frena!

—Tita, es que no has visto a esa vieja de ahí atrás. Daba yuyu.

—¡*Kemephables!*

—Yo que tú pararía en el arcén, está a punto de echar el bacalao del almuerzo —avisó mi tía Inés con urgencia.

—¡¿Qué?!

¡Mierda! Mis ojos se cruzaron con los de mi tía Lola en el preciso instante en que dio una arcada. No hicieron falta más palabras; si tenía que elegir entre un viaje de dos horas y media con la cabina oliendo a vómito y mi estómago levantándose cada cinco minutos o toparme con una vieja bruja que les hacía señales a los vehículos que pasaban por la solitaria carretera, para mí la cosa estaba clara.

En cero coma dos, el Ibiza estaba aparcado a un lado de la carretera, con el morro metido en un hueco entre dos árboles y yo abriéndole la puerta a mi tía para arrastrarla fuera del coche antes de que pudiera siquiera parpadear.

Los remordimientos de conciencia de haber sido demasiado brusca con ella me duraron exactamente tres segundos, que fue el tiempo que ella tardó en sujetarse al tronco del roble y echar el *bacalhau com natas*, las *alheiras*, las dos copas de oporto y los tres dulcecitos de Belém con los que remató su almuerzo y que ya no sé ni cómo le cupieron.

Me alejé unos pasos de ella, con el viento en contra, para que no me recordara que yo también había devorado un par de esos dulces, e intenté respirar lenta y pausadamente, concentrándome en no oír los desgarradores ruidos que hacía el estómago de la pobre mientras trataba de retener parte de su botín.

—Niña.

—Un segundo, tía Inés. —Si ella también iba a vaciarse, necesitaba reforzar mis defensas.

—Preferiría que fuera ahora.

—Tita...

—Me da miedo cómo me mira la vieja.

Sobresaltada, me giré para toparme de frente con la anciana loca de la carretera. ¿Cómo había llegado tan rápido hasta allí? Con sus pies algo torcidos y las desgastadas alpargatas negras no tenía pinta de que correr formara parte de sus aficiones diarias y, aun así, no parecía ni siquiera encontrarse sin aliento.

Lo cierto era que no me extrañaba que mi tía estuviera aterrada. ¿Quién no iba a estarlo teniendo a una anciana desconocida, con la cara de una pasa sultana, vestida de los pies a la cabeza de negro, contemplándola sin pestañear y sin soltar ni una sola palabra? Hasta yo me estaba asustando, aunque claro, yo era una cagueta por naturaleza. Me daba miedo hasta pasar por delante de un espejo o de una tele

apagada de noche, no fuera a salirme un fantasma o un *poltergeist* para comunicarse conmigo. Eran las consecuencias de haber visto demasiados programas de *Cuarto Milenio* y alguna que otra mala peli de terror.

Tomando una profunda inspiración, me armé del valor que no tenía y me arrimé a mi tía Inés.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora? —pregunté con voz inestable.

La mujer miró de mi tía a mí y, tras lo que debieron de ser unos cinco segundos que se sintieron como cinco minutos, señaló con su huesuda mano al suelo.

—*Isso é seu.*

—¿Perdón? —Estudié la algo maltrecha caja de cartón que tenía a sus pies y que me llegaba casi a las rodillas.

—*É seu.*

—Eh...

—*Seu* —insistió la mujer que, a pesar de su edad, cogió la enorme caja sin demasiados problemas y trató de endosármela.

—No, muchas gracias —me disculpé precipitada, alzando las manos para que no me la pudiera entregar sin más—. Le agradezco mucho que pensara en mí, pero no estoy interesada en comprar nada.

—*Seu passado e seu futuro estão ligados nessa caixa.*

—No, lo siento. No me queda dinero, y... —Cuando me di cuenta de que hablar era inútil y que la vieja no se estaba enterando de nada, hice lo que cualquier gallina como yo habría hecho—: Tita, ¿acabaste?

Exhausta y con cara pálida, mi tía Lola se tambaleó hasta el Ibiza y se dejó caer en el asiento trasero.

—Creo que ya estamos todos —musitó mi tía Inés, mon-tándose apresurada por el otro lado.

Con la vieja insistiendo en darme la caja con más ahínco que el Coyote de los dibujos animados en matar al Correcaminos, le lancé un corto: «Lo siento, señora. Tenemos que irnos», antes de salir pitando hasta la puerta del piloto. Por encima del techo le eché un último vistazo y me estremecí ante la determinación que llevaba escrita en aquellos ancianos ojos grises. Tenía una mirada que te hacía querer salir corriendo, que era justo lo que yo estaba haciendo.

—Niña, ábreme la ventana —pidió mi tía Lola con un hillo de voz, como si aún le quedara algo en el estómago por echar.

—Ahora, tita, espera que arranque.

Giré la llave y metí la marcha atrás. Supongo que al ver el brillo en los ojos de la vieja bruja debería haberme imaginado lo que iba a hacer, o puede que no. ¿Quién se espera que una anciana te abra la puerta del copiloto en plena marcha y te lance un paquete sobre el asiento?

El coche se llenó de terroríficos gritos que me pusieron la piel de gallina. Mi chillido y los de mis tías podrían haber tenido un pase, aunque eran dignos de una película de Hitchcock, pero no así el alarido agudo y los siseos salvajes que provinieron de la caja.

De entre todas las desventuras de aquel día, fue una suerte que no apareciera ningún vehículo de la nada por aquella carretera desierta cuando di un volantazo. Con el corazón latiéndome a mil por hora, frené en seco, antes de reaccionar y regresar al sitio en el que la vieja nos acababa de asaltar.

No me atreví ni a comprobar lo que contenía la caja. En su interior parecía estar encerrada una cuadrilla de demonios enanos que soltaban agudos quejidos entremezclados con amenazantes gruñidos y venenosos siseos.

—Esa mujer es una bruja —chilló mi tía Inés, histérica, aunque no podía culparla.

Si hubiese sido un hombre y hubiese tenido pelotas, en ese momento las habría tenido colgando del cuello como una pajarita. Cinco segundos después de frenar en seco, todas estábamos fuera intercambiando miradas desquiciadas por encima del capó.

—¿Habéis cerrado la puerta? —Mi voz salió sin aliento.

Mis tías asintieron pálidas y retrocedieron varios metros cuando a través de la ventanilla abierta se siguieron escuchando los estremecedores chillidos. Revisando con rapidez mi alrededor, busqué a la anciana que se estaba alejando con agilidad campo a través.

—¡Señora! ¡Señora! —le grité todo lo fuerte que pude, aunque no sé si fue por vieja o por bruja, no me oyó o no me quiso escuchar.

—¡La muy puta se ha ido! —se quejó mi tía Lola.

—¡Shhhh! No quieres que una bruja te oiga llamarla puta —la amonestó mi tía Inés.

Su hermana abrió la boca para protestar, pero acabó por cerrarla mirando incómoda en dirección de la enjuta silueta a medida que se perdía entre la arboleda.

—¿Y ahora qué hacemos? —Fue mi tía Lola la que habló, aunque las dos se quedaron mirándome.

—¿Me lo estáis preguntando a mí? —Las miré alucinada.

—Pues claro, ¿a quién se lo iba a preguntar sino? —Mi tía Lola me echó una de esas miradas que me hacían parecer corta de entendederas.

Abrí la boca para contestarle que su hermana se encontraba justo a su lado, pero la susodicha se adelantó a mí.

—El Ibiza es tuyo.

Las miré boquiabierta. Había una caja endemoniada, ¿y me echaban el muerto a mí solo porque estaba en mi coche?

—¿Qué tiene eso que ver? Las tres vinimos juntas de viaje.

—Pero la bruja dijo que la caja era tuya —insistió mi tía Inés con toda la lógica del mundo, tanta que mi tía Lola asintió. ¡Traidoras!

Imagino que podría haber discutido con ellas, pero ¿de qué hubiera servido? Ellas lo tenían claro y eran dos contra una, y, como habían dicho muy clarito, el Ibiza era mío y no iba a dejarlo en el camino para marcharme andando. ¡Dios! ¿Por qué no habría podido quedarme en casa a disfrutar de las vistas que había en la terraza de mi vecino?

—Podríamos llamar a la policía si te da miedo echarle un vistazo a esa cosa —propuso mi tía Inés.

Si hubiera sabido el número de teléfono de la policía portuguesa, probablemente hubiera tratado de llamar, aunque lo cierto era que ni siquiera sabía explicarles dónde nos encontrábamos. ¿Serviría de algo mencionarles que el último edificio por el que pasamos tenía pinta de casa de los horrores, que tenía un ramo de lavanda seca en la puerta y cristales colgando del roble que tenía al lado? Igual no era la primera vez que la vieja acosaba a turistas y ya la tenían fichada.

—Eso es ridículo, hermana. La policía iba a reírse de nosotras. ¿Qué agente iba a venir porque le digamos que tenemos una caja que se mueve y grita? —se mofó mi tía Lola con voz temblorosa, deshaciendo cualquier esperanza de que pudiese librarme de la peligrosa tarea de enfrentarme a los demonios chilladores.

—Se ha quedado en silencio —dijo de repente mi tía Inés.

Las tres nos acercamos un paso al vehículo y estiramos los cuellos para echar un cauteloso vistazo por la ventanilla.

—También ha dejado de moverse —confirmó mi tía Lola.

—¿Crees que los demonios ya se habrán escapado? —murmuró su hermana.

Aun sabiendo que era una solemne tontería, desee que fuera verdad.

—¿Qué? —pregunté cuando mis tías volvieron a mirarme.

—Que deberías aprovechar esta oportunidad para comprobar qué hay dentro.

No me habría importado enviar a mi tía Inés a freír espárragos, pero, conociéndola, lo interpretaría al pie de la letra y aprovecharía la excusa para largarse por la arboleda al igual que la anciana.

—Ni te lo pienses siquiera. Cuanto antes lo hagas, más fácil será —me aconsejó mi tía Lola.

Claro, como ella no pensaba ni en acercarse a esa caja endemoniada...

Le hice caso y, para que no me diera tiempo de replantearme la locura suicida que estaba a punto de cometer, me lancé al coche, abrí la puerta del copiloto de golpe y... respiré hondo, muy hondo, antes de levantar con cuidado las solapas de cartón.

No sé qué resonó más fuerte, si mi grito o el largo y amenazante siseo que provino del interior de la caja. Lo que sí sé es que me quedé congelada mirando a los ojos amarillos del demonio peludo que acababa de liberar.

—¡Ahí va! ¡Pero si es un gatito! —chilló mi tía Lola con una mezcla de sorpresa y maravilla.

—Bueno... gatito, gatito... no sé yo... —murmuró mi tía Inés con sequedad—. Es casi casi un tigre de Bengala por el tamaño que tiene.

Fui incapaz de intervenir. No es que con aquellas orejas de lince pudiera confundirse con un tigre, aunque el color y

las rayas las tenía, pero desde luego era enorme y me miraba como si estuviera dispuesto a lanzarse sobre mí si me atrevía siquiera a pestañear.

—Pero míralo, pobrecito, está todo sucio y desaliñado.

—Mi tía Inés me empujó para un lado para verlo mejor.

—Y esquelético —opinó mi tía Lola—. Inés, ¿no nos quedará algo del chópéd con el que hicimos los bocadillos para el camino?

—Pues claro que queda, ¿pensabas que iba a tirarlo?

Mientras ellas buscaron las viandas y le dieron de comer al demonio gatuno, yo miré a mi alrededor con la esperanza de que la vieja bruja volviera a aparecer para llevárselo. Pero no, no quedaba ni rastro de ella.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté al fin, observándolas tirarle pequeños trozos de chópéd desde la distancia.

Mis tías me ignoraron mientras parecían encantadas de alimentar al bicho que, efectivamente, debía de tener hambre por la manera en la que devoraba todo lo que le echaban. Eso sí, en ningún momento dejó de observarnos receloso.

—Pero mira qué lindo es. —Mi tía Lola no parecía hartarse de admirarlo.

—Deberíais alejaros un poco con la comida, o tirársela al suelo para ver si sale del coche.

Las dos me miraron horrorizadas.

—¿Para qué quieres sacarlo del coche? —indagó una de ellas con un tono cargado de sospecha.

—Pues para dejarlo aquí. No pretenderás que me lo lleve, ¿no?

—¿Piensas abandonarlo a su suerte? ¿Aquí? —Mi tía Lola alzó una mano y se giró, señalando la nada que nos rodeaba.

—¿Y qué quieres que haga, tita? ¿Crees que a mí me gusta esta situación?

—Pero no puedes abandonarlo al lado de una carretera sin más. —Mi tía Inés se puso de parte de su hermana—. ¿Tienes idea de cuántos animales se abandonan en las carreteras al cabo del año solo en España? ¿Y a cuántos los atropellan?

Me mordí la lengua para no recordarle que seguíamos en Portugal, pero aquello era demasiado ruin incluso para mí.

—¡El año pasado hubo más de cien mil animales abandonados! —constató mi tía Lola, que para variar estaba tan escandalizada como su alter ego.

—Pero míralo, pobrecito. No puedes hablar en serio de abandonarlo aquí sin más. —El tono de mi tía Inés dejó testimonio de que ardería en el infierno si osaba cometer semejante delito.

—Creo que deberíamos llevárnoslo —afirmó decidida mi tía Lola.

—¿Llevárnoslo? —Solo de ver cómo aquel bicho entrecerraba los ojos amarillos con aquellas pupilas estiradas de demonio, ya me hizo querer protestar, pero la inspiración me llegó en el último segundo—. ¿Y si volvemos y buscamos a la vieja? Estaba cerca de esa casa que tenía tan mala pinta, igual es allí donde vive.

Mis tías apretaron los labios, dejando constancia de que no les parecía buena idea, pero, por una vez, no protestaron y se limitaron a seguir dándole al minino diabólico las viandas de lo que se suponían eran los bocadillos de nuestro trayecto de regreso.

La cuestión que me quedaba por aclarar era si me daba más miedo viajar con el minino gigante o regresar en busca de una anciana desconocida vestida de negro y pinta de

bruja de película de terror. Tal vez fuera hora de darles la razón a mis tías, total, teniendo en cuenta que hacía como mínimo tres años desde que no se la daba (al menos, no con sinceridad), tampoco era como si se les pudiera subir a la cabeza.